

Indian summer

Ian Lin había coincidido por casualidad con **Lew Hunter** en una sala VIP de Orly. Lew era Chairman del Master de Guión cinematográfico en Ucla., y allí volvía tras dar un Seminario en la Sorbona. A **Ian** enseguida le fascinó aquel niño grandón, enamorado de **Pam**, su mujer, que parecía un **Robert Redford** ya abuelo. Había dedicado su vida a contar historias en la televisión y en el cine, y hacía años pastoreaba los primeros pasos de nuevas generaciones de escritores. Ahora, medio retirado, alternaba sus tournées internacionales con el trabajo en UCLA y en una “Colonia de escritores” que organizaba en su casa, en Superior, en Nebraska, su pueblo natal, un villorrio de dos mil habitantes, con tres casas victorianas. En una de ellas, vivían ahora **Lew** y **Pam** casi todo el año. Cada uno habló de su trabajo y coincidieron en que les gustaban las buenas historias y las buenas personas. **Lew** dejó en **Ian** la semilla de escribir ficción: ¿por qué no se aislaba quince días en Superior, en su casa, en septiembre, con una docena de jóvenes promesas, para escribir el primer borrador de un guión?

Allí iba. Tras pasar todo el verano en familia, volaba de Londres a Nueva York con destino en Omaha. **Ian Lin** había conseguido que su jefe le concediera un año sabático. No había tenido casi vacaciones en los últimos años. Había estado fuera de su casa tres semanas al mes, viajando por la costa asiática del Pacífico. Casi sabía menos de la vida de sus hijos que de la de muchos políticos y economistas orientales. Sabía de asuntos de Corea y de Indonesia, por no hablar de Nueva Zelanda o de la China natal de sus padres. Sabía de casi todo lo que era convertible en dinero y poder. Pero aquello cada vez le resultaba más frío, abstracto y lejano: estaba descubriendo que lo importante eran las personas. Le gustaba decir –ahora que iba a ser canonizada- que él había coincidido en Changi, el aeropuerto de Singapur, con **Madre Teresa**. O que había entrevistado **Giuliana**, la viuda del descubridor del SARS, el Dr. **Urbani**: a él le parecía tan relevante –o más- esa entrevista que la del vicepresidente de Nike en China, a propósito de la epidemia. Y veía con sorpresa que aquello no gustaba en su entorno profesional.

Superior queda algo lejos de Omaha, porque está a un par de millas de la frontera de Nebraska con Kansas. Alquiló un coche. **Ian Lin** no quería terminar convertido en lo que su colega y amigo **Paul Kingsnorth** llamaba “ciudadanos de ninguna parte”: una creciente tribu –su jefe **Bill Emmott** hablaba con entusiasmo de “una naciente clase media global”- formada por un confuso amasijo de ejecutivos, economistas, políticos, relaciones públicas y periodistas. Algunos, los privilegiados, terminaban encontrándose en los mismos hoteles y en las mismas salas VIP de los aeropuertos. En las mismas reuniones, ora de la WTO, ora del WEF, en cualquier lugar del mundo. **Ian Lin** no quería ser un “globocrata”. Ser ciudadano del mundo implica serlo del mercado global, prescindir de gustos, valores y relaciones que no fueran globales.

Empezó la “colonia de escritores” después del desayuno casero preparado por **Pam**. Cuando le tocó el turno, planteó ante el grupo, que quería escribir la historia de un ejecutivo de altos vuelos, un teórico de la vida, al que la vida real se le echa encima, en forma de cáncer terminal. Eso es una comedia, sentenció **Lew** sobre la marcha: es un regalo que Dios te conceda un veranillo de septiembre, un *indian summer*, si has desperdiciado miserablemente el verano. Hablar de Dios parecía un poco chocante, pero la docena de jóvenes promesas estuvo de acuerdo en el diagnóstico. **Ian** empezó a escribir “Indian summer”, recordando **Frank Capra** a hurtadillas.